

Irrazabal, Gustavo Roque

*MICHAEL NOVAK, Will It Liberate?
Questions about Liberation Theology,
New York, Madison Books, 19912, 311
págs.*

(Reseña bibliográfica)

Revista Teología • Tomo LIV • N° 123 • Agosto 2017

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

IRRAZABAL, Gustavo, R., MICHAEL NOVAK, Will It Liberate? Questions about Liberation Theology, New York, Madison Books, 19912, 311 págs. [en línea]. *Teología*, 123 (2017). Disponible en:
<<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/novak-will-it-liberate.pdf>> [Fecha de consulta: ...]

Como se puede apreciar, las temáticas y las perspectivas son muy variadas, como lo son también los trasfondos ideológicos. Pero lo que da unidad al conjunto es un espíritu, la idea compartida de que el eticista católico debe ejercitar un ministerio, el de poner su saber al servicio de sus hermanos. Por eso, aunque es posible que el lector no se sienta de acuerdo con algunas posiciones, no podrá dejar de apreciar la generosidad, la sinceridad y el entusiasmo que permean estas páginas, que a su manera reflejan características de esta nueva etapa de la reflexión teológico-moral en nuestra Iglesia.

GUSTAVO ROQUE IRRAZÁBAL

MICHAEL NOVAK, *Will It Liberate? Questions about Liberation Theology*, New York, Madison Books, 1991², 311 págs.

Michael Novak, recientemente fallecido (17 de febrero de 2017), fue un filósofo y diplomático católico estadounidense, que se dedicó especialmente a reflexionar sobre la relación entre capitalismo, democracia y religión, a partir de su propia experiencia de haber pasado de sostener un pensamiento de izquierda (*liberal* en USA) a ser un activo promotor de ideas y valores característicos de la derecha (*conservative*). Como fruto

de sus reflexiones ha escrito numerosos libros, el más conocido de los cuales lleva por título *The Spirit of Democratic Capitalism* (“El espíritu del capitalismo democrático”) de 1982. En dicha obra incorporaba ya tres capítulos sobre Latinoamérica con abundantes datos estadísticos, a partir de los cuales desarrolló las ideas que expone en esta obra, que si bien tiene ya muchos años, no ha perdido en nada su interés sea por la agudeza de sus diagnósticos como por la clarividencia de sus pronósticos, que en el presente contexto mundial y eclesial adquieren una inesperada actualidad.

Will It Liberate?, se pregunta el A. desde las primeras páginas ante el panorama que presenta la teología de la liberación a comienzos de los ’90. El cambio de década marcaba una encrucijada para este movimiento, no sólo por las críticas expresadas por el Magisterio en las instrucciones *Libertatis Nuntius* (1984) y *Libertatis Conscientia* (1986), sino sobre todo por la evidencia de las propias insuficiencias. Su género de discurso, caracterizado por una gran abstracción, se refiere a la liberación económica sin hacer casi referencia a temas fundamentales como la empresa, los precios, el crédito, las virtudes de la actividad económica; y promueve la liberación política, sin encarar el tema de la democracia y su diseño institucional. Y así como el fracaso del socialismo los dejó sin respuesta en lo económico, la de de-

mocratización en Latinoamérica en la década del '80 los tomó desprevenidos en lo político.

El A. sostiene, en esencia, que la pobreza en LA es producto de un sistema perverso: un Estado inmensamente poderoso que controla todos los resortes de la economía, favoreciendo a ciertas élites ligadas al poder y excluyendo a gran parte de la población, privada de la libertad necesaria para ser protagonistas de su propio progreso. Comienza a desarrollar esta tesis, dialogando con tres obras que evalúan la situación de la TL en sus primeros 20 años de vida, y describiendo el contraste cultural entre una LA más “humanista” e históricamente poco apreciativa del comercio, y América del Norte más volcada a la economía y la técnica. En realidad, la teología de *ambas* Américas es una “opción por los pobres”, pero la pregunta decisiva es: ¿Qué instituciones económicas son las que *de hecho* liberan a los pobres de su condición, las que abren la economía a la inteligencia, la iniciativa y la creatividad de los más pobres? Es una cuestión de orden económico, no teológico, la que a su juicio está en discusión.

Lo que habitualmente la TL toma como centro de sus críticas, no es en realidad el capitalismo, sino la economía pre-capitalista que caracteriza LA (o lo hacía en esos años), dominada por élites de políticos, te-

rratenientes y militares. Y su respuesta a esta situación, siguiendo la línea del “análisis marxista”, es la revolución, en la cual se diluyen los límites entre religión y política. Esperan de ésta el surgimiento de un “hombre nuevo”, proponen la abolición de la propiedad privada y el compromiso con la lucha de clases, pero carecen de una teoría sobre la creación de riqueza y sobre las instituciones de política económica que deberán instaurarse después de la revolución. Es por lo tanto una teología utópica, exhortativa, e insuficientemente práctica.

La tradición liberal, que los autores de la TL critican sin haberla realmente conocido con aceptable profundidad, ha producido una muy diferente “teología de la liberación”, en tres ámbitos distintos: en lo político, la liberación de la tiranía y la tortura; en lo económico, la liberación de la tiranía de la pobreza, y en lo religioso y cultural, la libertad de conciencia. Y —con un espíritu más realista que el de la TL latinoamericana—, diseñó instituciones que sí liberan: las del *capitalismo democrático*. No es casual que fuera el padre del liberalismo, Adam Smith, quien acuñara la expresión “política económica”: no se trata sólo de mercados libres, sino también de un sistema político y moral-cultural que los regule adecuadamente.

Esta concepción de tres sistemas como modo de regular el poder,

se inspira en la noción judeo-cristiana del pecado, el hombre como imagen de Dios creador y partícipe de su creatividad, y la comunidad como una alianza libre y voluntaria, que llevan respectivamente a la idea de la limitación del poder, de la creación de riqueza como fruto de la iniciativa de las personas, y la importancia de una cultura de la libertad y la asociación.

Tras la exposición de estas ideas centrales, el A. dedica un capítulo (III) a enumerar los lugares comunes sobre el capitalismo que constituyen una especie de “breve catecismo” de la TL, que el lector reconocerá por la frecuencia con que se invocan dentro y fuera de la Iglesia. El Magisterio del Papa Juan Pablo II señaló sobre todo el peligro de utilizar el análisis marxista, pues de tales las premisas se sigue inevitablemente el sistema marxista como resultado. Si desea evitar esto último, opuesto a cualquier verdadera liberación, la TL deberá prestar más atención a las instituciones que garantizan la libertad política, es decir, las instituciones de la democracia, como condición indispensable para la libertad económica. A su vez, el desarrollo económico, sobre cual la TL apenas si ha reflexionado, es lo que da estabilidad a la democracia, mientras que la falta del mismo genera envidia y conflicto.

La comprensión adecuada del desarrollo económico requiere que

el mismo sea considerado en el marco de una teología de la Creación. Ejemplos históricos como los de Taiwan, Singapur, Corea del Sur, Hong Kong, Japón, y en las últimas décadas, China, muestran el poder de la creatividad humana. El desarrollo es posible, y no depende en primer lugar de los recursos naturales: la primera fuente de riqueza es el intelecto humano. El desarrollo requiere, por lo tanto, crear instituciones que promuevan y protejan la creatividad y la iniciativa de los millones de pequeños emprendedores que están en la base de las comunidades nacionales.

A su vez, como condición política, el desarrollo reclama democracia, y con ella un conjunto de instituciones bien definidas: protección constitucional de los derechos fundamentales, división de poderes, partidos políticos, etc. Pero el sistema político debe ser separado de las instituciones de orden religioso y cultural: instituciones de la conciencia (p.ej., Iglesias), de la información (p.ej., prensa) y de las ideas (p.ej., universidades, editoriales, asociaciones artísticas, etc.).

El A. cuestiona la idea del fracaso de los proyectos de desarrollo en América Latina. Es cierto que en este Continente las economías han estado tradicionalmente organizadas de arriba hacia abajo, pero no se puede desconocer los progresos alcanzados desde 1940 en adelante

en todos los órdenes. En sus últimos años, el A. tuvo oportunidad de apreciar cómo que algunas naciones de la región, siguiendo la línea por él propuesta hicieron florecer un capitalismo nuevo, desde abajo, impulsado por un auténtico espíritu empresarial, no sofocado por una abusiva presión impositiva. En conclusión, la teología de la creación ilumina el problema de la liberación de los pobres de una manera que la TL no consigue a partir de sus premisas.

El capítulo VI de esta obra resume las principales tesis de la TL. Estas parten del mito que consiste en situarse como oprimidos, en la periferia de un centro ocupado por los opresores. Si ésta es la situación, yo no me siento responsable de ella. La vida se me presenta como una lucha constante, en este caso, entre clases. Pero no es propio de la fe cristiana semejante auto-definición como víctima. Ante todo, somos seres libres y llamados a la justicia. Por otro, merced a su estilo abstracto y altamente ideológico, sustituye la propuesta de un diseño institucional por la utopía del “hombre nuevo”. Parece no tener en cuenta el pecado original y por lo tanto, la necesidad de limitar el poder, abriendo paso sin quererlo al advenimiento de autoritarismos sin límites. El “socialismo” que proponen es más un ideal moral que un sistema institucional concreto. Desde ese ideal, critican la propiedad privada y el capitalismo, pero su concepción de éste se funda en ideas equivocadas:

no es el trabajo la fuente del valor, sino la inteligencia y la creatividad; la creación de valor permite a patrones y obreros beneficiarse simultáneamente (contra la teoría marxista de la plusvalía); el comercio (lo único que la TL tiene en consideración) es sólo la etapa final de este proceso. Ignoran que el capitalismo es ante todo un sistema *social*, fundado en los presupuestos del respeto de la propiedad privada, la protección legal de la invención, y el acceso al crédito para implementarla.

En el cap. VII se dedica un largo espacio a las diferentes versiones de la teoría la dependencia utilizadas en la TL para postular la existencia de una relación causal directa entre la riqueza de los Estados Unidos y la pobreza del Tercer Mundo. Para apreciar su fragilidad basta recordar que sólo una pequeña fracción de las inversiones americanas tiene como destino nuestro Continente (el 1% de su PBI). Si LA es tan dependiente de la inversión extranjera es debido sobre todo a las políticas económicas de los gobiernos que han impedido el surgimiento de un mercado local de capitales. El caso de Chile y su sorprendente progreso es hoy un ejemplo impactante de la verdad de estas apreciaciones.

El cap. VIII se pregunta por el concepto de socialismo que utiliza la TL sin definirlo nunca con claridad. Para el A. no se trata de un socialismo como el europeo, pluralista y democrático, sino más bien, el mo-

delo marxista-leninista de Cuba, que a diferencia del socialismo, excluye la legitimidad de la propiedad y del contrato de trabajo, muestra una inexplicable fe en los funcionarios del Estado y, lo que es más preocupante, busca “abolir la cultura de los opresores”. Todo esto es abrazado como expresión de los ideales humanos más altos, sin dejarse cuestionar por ninguna evidencia empírica. El siguiente capítulo (IX) completa la reflexión sobre el socialismo indagando cuál es su “deseo interior” (*inner will*), y lo que encuentra detrás de su insistencia en la igualdad de ingresos –necesariamente coercitiva– es la pasión por la uniformidad, bien ilustrada por el experimento de las misiones jesuíticas, que sólo lleva a la apatía y a la disolución de la individualidad, contra el espíritu de libertad propio de la tradición judeo-cristiana de las “alianzas”.

El capítulo X, “La constitución de la libertad”, se detiene en los presupuestos éticos, culturales e institucionales que hacen posible la libertad en la sociedad. Éstos parten de un fin muy concreto: liberarse de la tortura, que es la aniquilación de

la interioridad, lo cual conduce el pensamiento liberal en dos direcciones: la afirmación de derechos humanos inalienables, y el establecimiento de instituciones que los garanticen. En lo económico, las instituciones buscan impulsar la actividad empresarial, el verdadero corazón del capitalismo, con la convicción de que el orden espontáneo que se genera será mucho más conducente al bien común que cualquier intento –por bien intencionado que sea– de planificación centralizada.

El A. cierra su larga reflexión con algunas “viñetas” interesantes de sus visitas a Latinoamérica y sus diálogos con H. Assmann. En ellos se termina de ilustrar la propuesta que inspira esta obra: llamar a los católicos a renovar la DSI apropiándose de la tradición liberal del “capitalismo democrático”. *Centesimus annus* (1991) fue un avance notable en ese camino, pero como queda hoy en evidencia se trata todavía, en buena medida, de una asignatura pendiente.

GUSTAVO ROQUE IRRAZÁBAL